



**Taller:**  
**“Los nuevos adolescentes: los rebeldes del bienestar”**

28 y 29 de septiembre de 2010

Dr. Jordi Royo Isach

Psicólogo clínico, coordinador del Plan de drogas del Ayuntamiento de Badalona; técnico asesor de programas de prevención de la Diputación de Barcelona; asesor clínico de Amalgama-7; vicepresidente de la Fundación Portal, de ayuda a chicos y chicas afectados por patología dual y a sus familias; profesor colaborador del Máster en drogodependencias de la Universidad de Barcelona, del Máster de psicopatología de la adolescencia de la Universidad Autónoma de Barcelona, y del Máster en psicología clínica y de la Salud de la Universidad de Girona; autor y coautor de diversas publicaciones, entre ellas de *Los rebeldes del bienestar. Claves para la comunicación con los nuevos adolescentes*.

## **Introducción**

La adolescencia, ese período de tránsito entre la infancia y la edad adulta, nos ofrece por sí mismo una idea de cambio, de temporalidad, de indefinición y, en consecuencia, de conflicto. En múltiples ocasiones, los adolescentes no se comprenden a sí mismos y, sobre todo, los padres y los adultos de su entorno inmediato tampoco sabemos encontrar las respuestas adecuadas a su indefinición y, a la vez, a su complejidad.

En el adolescente, todo ha cambiado, y el cambio incluso se ha producido en sus padres. Aquella ilusión y predisposición para intentar entender a su bebé, a pesar de sus limitadísimas capacidades para hacerse entender, se ha reducido ahora considerablemente. Su hijo ya no es una novedad, y a su vez el adolescente tampoco facilita la comunicación ni busca desesperadamente la forma de hacerse entender como cuando era niño. A menudo, los padres del adolescente tienen la sensación de que, hagan lo que hagan, nada sale bien; que su hijo adopta por sistema una actitud oposicionista; que las probabilidades de error y de conflicto son más altas y, por lo tanto, la tentación de abstenerse en su función de padres, a causa de una pretendida paz familiar, aumenta, y la predisposición para comprender a su hijo adolescente disminuye.

Parece evidente, pues, que el hecho de haber tenido éxito como padres de un niño o niña no presupone, necesariamente, tenerlo como padres de un adolescente.

En el ámbito familiar, los nuevos adolescentes presentan cinco tipos de conflictos básicos: el bajo rendimiento académico; la falta de participación en el reparto de las tareas domésticas; la exigencia desmesurada de amplios horarios de ocio y salidas; la negociación relacionada con el dinero y con su destino; y la excesiva exposición a formas de ocio paralizantes: televisión, móvil, Internet, etc. Estos jóvenes adolescentes contemporáneos reclaman cada vez más autonomía subvencionada, y la autoridad paterno-filial de las

generaciones anteriores se ha transformado ahora en la dictadura de la negociación continuada.

Son unos adolescentes rebeldes, aunque conformistas, y perfectamente adaptados a la sociedad del bienestar, que se han convertido en el epicentro de una familia que a la vez vive su propia crisis de identidad. Los nuevos adolescentes se “educan” en una escuela en plena época de transformación e incertidumbre más orientada a los resultados que a los valores formativos y crecen bajo el descrédito, como agentes de cohesión social, de la política y de la religión.

### **Adolescencia versus adolescentes**

Más que adolescencia, existen los adolescentes. En todo caso, la adolescencia deberemos de entenderla como una realidad diversa formada por muchos grupos y subgrupos de personas distintas. En un polo de su vértice encontraremos a aquellos chicos y chicas que podríamos calificar de "normativos", que tienen un rendimiento académico adecuado, que realizan actividades extraescolares de tipo cultural, social, deportivo y otras, que no realizan comportamientos de riesgo del tipo consumo de drogas, abuso de Internet, trastornos de alimentación, etc., con amistades y relaciones emocionales "constructivas", que mantienen con sus padres y con los adultos en general, digamos, una relación cordial o, en su caso, sólo alterada por los incidentes lógicos derivados de la diferencia generacional. En el polo opuesto se encontrarán aquellos adolescentes que podríamos denominar "conflictivos", con fracaso en la escuela e, incluso, expulsados del sistema escolar, que han abandonado y/o no tienen interés por realizar actividades culturales, sociales, deportivas, que realizan comportamientos de riesgo como los descritos anteriormente y otros, que tienen "amistades peligrosas" y cuya relación familiar cada vez es más ausente y/o se ha convertido en la extensión de un campo de batalla. Entre un polo y otro, y de forma gradual, probablemente podríamos situar a los diferentes colectivos de adolescentes.

La única forma que consideramos adecuada para valorar si una adolescencia es o no conflictiva es conocer al adolescente en concreto y, por extensión, su realidad inmediata, empezando por la de sus padres.

Dicho lo cual, debemos de tener en cuenta que un mismo adolescente no es una realidad estática, una *foto-finish* perfecta que puede definir con claridad el ganador de una carrera; por el contrario, es una realidad cambiante, en permanente evolución tanto por los impactos de su transformación psicobiológica como por los impactos de las modas, el mercado, los medios de comunicación y, por extensión, la misma sociedad de consumo.

Todos estos impactos —interiores y exteriores— realizan una influencia bastante relevante que hace posible que un adolescente pueda pasar de ser "normativo" a "conflictivo" y, en algunas ocasiones, ¡incluso a la inversa!

### **La época de la transformación**

La llegada de la adolescencia presenta características que le son propias y a la vez independientes de la sociedad o de la época en la que se producen. Ya en el siglo V a.C. se describía a los adolescentes como unos seres irritables, cuestionadores del orden establecido, prepotentes, autosuficientes, "mal educados", desde un punto de vista de la observación de las normas sociales y como consecuencia de sus reiteradas "malas respuestas" dirigidas a los adultos.

En el inicio de esta etapa se experimenta un cambio físico remarcable en forma de crecimiento corporal, de transformación de la identidad y de definición de los propios rasgos sexuales. Los cambios son tan rápidos, tan diferentes y tan nuevos, que sorprenden a todos, al mismo adolescente y a su vez a sus padres. De repente, al adolescente le aparece vello, le aumenta la musculatura y las piernas se le alargan, le cambia la voz, pero también sus

intereses; abandona juegos y hábitos que lo habían acompañado durante su infancia y experimenta una atracción respecto a los demás que hasta entonces le era desconocida.

El desconocimiento de sí mismo y del mundo de los adultos y la propia necesidad existencial de darse una identidad, de encontrar su espacio, le llevará fácilmente al conflicto y al enfrentamiento, en primer lugar con sus padres, ya que son los adultos que tiene más cercanos, pero también con sus maestros, los adultos de su entorno, los hermanos y, por extensión, con las normas establecidas y con la sociedad en general.

Ésta es una etapa importante en el crecimiento y desarrollo del ser humano, en la cual se producen simultáneamente cambios biológicos, psicológicos y sociales: biológicos en tanto que, entre otros, el individuo adquiere, por primera vez, la "maduración sexual" y, por lo tanto, la capacidad de procrear; psicológicos porque se configura una nueva identidad que lo diferencia de su infancia; y sociales porque se estructuran nuevos intereses caracterizados por la necesidad de independencia respecto al mundo de los adultos y, a su vez, de identificación y de imitación de sus iguales, es decir, de los demás adolescentes.

Estos cambios biopsicosociales que configuran la nueva identidad del adolescente se expresan en su vida cotidiana y pueden suponer nuevos estilos de conducta respecto a la propia trayectoria vital. Son frecuentes, por ejemplo, las manifestaciones de desinterés respecto a los estudios y, en consecuencia, el empeoramiento de su rendimiento académico. El abandono del grupo tradicional de amigos y amigas y a la vez la irrupción de otras amistades, más desconocidas por parte de los padres, con intereses y estilos de ocio diferentes. El cambio de vestuario hacia formas menos convencionales e incluso de aspecto más "marginal", la insistencia por "peinados" específicos así como por los *piercings* y los tatuajes, el desinterés e incluso el abandono de actividades extraescolares tradicionales como las artísticas o deportivas. Cambios importantes del estado de ánimo y reiteradas manifestaciones de mal humor, cambios en los patrones de alimentación y ritmos del sueño, evidencias de inicio de consumo de alcohol, tabaco y otras drogas, inicio de relaciones emocionales y/o sexuales y, a

su vez, crisis asociadas al mantenimiento y/o la finalización de estas relaciones. Actitudes negativistas y respuestas oposicionistas a las demandas y/o reflexiones de los adultos, especialmente de los padres; aumento del tiempo de chateo informático y de juegos asociados, aumento del deseo de aislamiento y exigencias de respeto a la propia intimidad...

Frente a este "cambio de personalidad", muchos padres de adolescentes tienen la vivencia de haber "perdido" a su hijo, que su hijo no es "el mismo", que a duras penas lo reconocen, y que es como si le hubieran "trasplantado" el cerebro. Pero, ¿realmente su cerebro ha cambiado?

### **El cerebro del adolescente**

Actualmente sabemos que el córtex frontal, es decir, la región cerebral responsable de las capacidades de planificar y ejecutar, sigue desarrollándose durante la adolescencia. En esta etapa, el cerebro experimenta una segunda oleada de desarrollo, causa y a su vez consecuencia, entre otros, de un potente cambio hormonal y, por lo tanto, físico y mental. Estos cambios pueden comportar también cambios en la propia identidad. Generalmente, los niños que eran sociables y comunicativos con sus padres y/o cuidadores y, por contraste, más distantes y tímidos en las relaciones con los demás, se vuelven ahora más ariscos y reservados respecto a sus progenitores y más extravertidos con sus amigos y, sobre todo, entre sus iguales.

Durante el inicio de la adolescencia (pubertad), muchas cosas han cambiado en el propio cuerpo, pero también en su cerebro. En la pubertad, los niños y las niñas tienen más conciencia de sí mismos y de su entorno, de sus opiniones y de sus emociones. La preocupación por el propio aspecto y por lo que los demás piensen de ellos —sobre todo sus coetáneos— pasa a ser un tema muy relevante. Nace el interés sexual y, con él, la conciencia de la identidad del propio sexo y del contrario. Pero también aparece un cambio importante respecto a la conciencia de la propia sociedad en la que vive y de su "papel" como individuo

en el mundo que le ha tocado vivir, y en el mundo en general. Aparecen en este momento cambios de conducta radicalmente contrarios a los del estadio evolutivo anterior. Hay niños que no se atrevían a ir en bicicleta por miedo a caer y que ahora actúan como pilotos de riesgo que se enorgullecen ante sus compañeros de su conducción temeraria.

Hay padres que dejaron de fumar tabaco a raíz de la presión causada por la continua insistencia de sus hijos, cuando eran niños, y ahora, estupefactos, observan atónitos cómo estos preadolescentes fuman sin manías, incapaces de aplicarse ninguno de sus anteriores consejos. Es remarcable constatar que las "emociones fuertes" como el miedo pueden pasar, en este estadio, de ser negativas a ser gratificantes, y también cómo la presión de los compañeros y de los amigos se convertirá en el adolescente en un factor muy a considerar que puede determinar su conducta.

Algunos estudios recientes sugieren que los cambios en el cerebro se paran, más o menos, al principio de la infancia y se reactivan en un segundo desarrollo en la adolescencia.

En el Primer mundo, la obligatoriedad de la enseñanza hasta los 16 años es relativamente reciente. Tradicionalmente, los jóvenes que habían adquirido la "madurez sexual" no debían ir a la escuela y se incorporaban al nuevo mercado de trabajo. No obstante, las investigaciones sobre el desarrollo cerebral durante la adolescencia señalan que la enseñanza secundaria y la superior son vitales. En este período, el cerebro aún está en fase de desarrollo. En todo caso, los objetivos de la educación en los adolescentes de más edad quizá deberían de replantearse. El principal reto será ahora cómo conseguir motivarlos para que quieran seguir estudiando, es decir, cómo fortalecer su propia capacidad de control, cómo articular un método y unos contenidos que estimulen su interés.

Si se considera que el tramo de edad que va de los 0 a los 3 años es una oportunidad importantísima para el aprendizaje, también se debería de considerar prioritario el tramo entre los 10 y los 15 años, dado que en ambos períodos se produce una reorganización cerebral especialmente espectacular. Por todo ello, en el cerebro del adolescente deben alojarse nuevas

habilidades motrices como las deportivas; y/o sensitivas, como las artísticas y las musicales; y/o cognitivas, como la creación de programas de ordenador y la realización de cálculos numéricos. Estas habilidades se convierten también en sus habitantes legítimos, ya que el cerebro del adolescente debe asignarles un espacio, del mismo modo que eran legítimas las habilidades aprendidas anteriormente como el comer, caminar, hablar, cantar o aprender a comunicarse con los demás.

### **A la búsqueda de una identidad**

¿Quién soy? He aquí la pregunta que el adolescente se hace a sí mismo y a la que a menudo no sabe responder. ¿Quién es? Ésta es la pregunta que se hacen sus padres y a la que tampoco encuentran respuestas satisfactorias. La dificultad de los padres radica en que, en su intento por responderla, se les mezclan, quizá de una forma inconsciente, tres momentos evolutivos de la vida de su hijo o hija: los del pasado, es decir, los rasgos de personalidad que ha manifestado más relevantes hasta ahora (tal como era su hijo cuando era niño); los del presente (teniendo en cuenta que algunos de los rasgos de su actual identidad son nuevos y, por lo tanto, de algún modo “no esperables”); y los del futuro (ya que se hacen previsiones a modo de pronóstico del final de la evolución de los actuales rasgos).

“Mi hijo adolescente, en casa, es a menudo hosco, se irrita fácilmente, da malas respuestas, reacciona con apatía respecto a las actividades familiares, es abúlico respecto a las tareas domésticas, introvertido y nada comunicativo respecto a ‘sus cosas’; por el contrario, parece ser que cuando está fuera de casa, por ejemplo, cuando ha pasado un fin de semana en casa de un amigo o amiga, los padres del otro lo describen como una persona amable, afable, colaboradora en las actividades realizadas y en las tareas domésticas e, incluso, participativo y conversador.” Sus padres, frente a esta realidad tan contrastada, a menudo se preguntan: “¿Nuestro hijo tiene dos personalidades?”.

Pero desde la perspectiva del adolescente, las cosas tampoco son claras. En algunas ocasiones él o ella se comportan de una forma sensible, tolerante, afable, buscando la comunicación, y en otras son huraños, radicales, introvertidos, tímidos. El adolescente también mezcla en su comportamiento rasgos del niño que fue, del adulto que le parece que es ahora y, sobre todo, del ser que querría ser. La dicotomía entre “lo que soy” y “lo que quiero ser” a menudo le reporta malestar, frustración y decepción de sí mismo.

Ante este caos de identidad, la clave para el adolescente consiste en saber qué “piensan de mí” mis amigas o amigos más cercanos. “Ellos son los únicos que saben de verdad cómo soy” y, por lo tanto, y en consecuencia, es con los amigos con quienes establecerá, ahora, unos vínculos emocionales de primer orden.

La interacción entre “cómo soy yo” y “cómo me ven” mis amigos, y las propias circunstancias vitales, configuran la comprensión que tiene el adolescente de sí mismo. La adopción de una identidad y/o de una estética determinada —punk, rapera, neohippie, tecno, gótica, garrula, latin, skin...—, así como las identificaciones, ideaciones y los “valores” sociales y/o culturales serán, en todo caso, su consecuencia.

Cada sociedad genera a la vez modelos constructivos y destructivos para la persona. La diferencia entre ellos radica esencialmente en su proporción. En una sociedad abundante en cuanto a su oferta de consumo de drogas, uniforme en cuanto a los modelos “anoréxicos” de belleza, reiterativa respecto al valor del consumo como finalidad, inductora de determinadas ofertas de ocio, etc., aumentará la proporción de adolescentes con comportamientos de riesgo, como por ejemplo: el consumo de drogas, los trastornos de alimentación, el sexo precoz y no protegido (y, por lo tanto, el aumento de embarazos no deseados y de enfermedades de transmisión sexual), las socioadicciones derivadas y/o asociadas al juego y a las compras compulsivas, etc.

El adolescente “aprenderá a ser” de una forma determinada en función no sólo de su genética y de las leyes de la herencia, sino también de los modelos concretos que le haya generado y/o impuesto la sociedad en la que le ha tocado vivir.

Una sociedad que potencie el individualismo, el egocentrismo, el egoísmo y la exaltación superficial de las emociones, al estilo de los *reality shows* televisivos, generará y potenciará estilos conductuales correlacionados y en línea con los “valores” descritos y marcará los modelos generales de comportamiento. Los adolescentes se convertirán en una población especialmente vulnerable. “Quién soy”, “quién quiero ser”, “cómo me comunico” y “cómo quiero comunicarme” serán variables muy condicionadas por una forma determinada de entender y de definir, desde la propia sociedad, lo que configura el objetivo de cualquier ser humano: el éxito personal.

### **Adolescencia y adolescentes: principales factores asociados**

Hablaremos de los principales factores asociados a la adolescencia, desde distintas vertientes: biopsicológica, sociológica y económica. Así mismo intentaremos analizar aquello que los caracteriza, y confrontaremos oportunidades y peligros, riesgos y conflictos, mitos y realidades. Y formularemos algunas propuestas para evaluar a los adolescentes, así como a sus familias, y formular así algunas claves orientativas para encauzar el posible conflicto.

Respecto a los factores asociados, haremos un breve repaso a comportamientos e inquietudes del adolescente, como son: la ansiedad (un peso agotador); la baja autoestima (y otras tristezas); el miedo al miedo; defectos, vergüenzas y complejos; sufrimientos (¿reales o imaginarios?); un riesgo: la inadaptación; ideas persistentes, “manías” y rituales; un estado llamado egocentrismo; cuando el problema es la falta de atención, de concentración y el exceso de inquietud; y finalmente, los problemas de definición sexual (¿Y si soy lesbiana? ¿Y si soy gay?).

## **Adolescencia y adolescentes: principales comportamientos de riesgo**

Los principales comportamiento de los adolescentes del bienestar son:

- El consumo y/o policonsumo de drogas (Ellos, los adolescentes, y ellas... ¡las drogas!).
- Los trastornos alimentarios (o cuando alimentarse deviene en sufrimiento: la anorexia, la bulimia y la vigorexia: tres caras de la misma moneda).
- Internet, el juego y las compras compulsivas.
- La sexualidad (¿Hacia una sexualidad segura, responsable y mutuamente satisfactoria?).
- La violencia (Adolescentes y jóvenes violentos: víctimas y verdugos a la vez).

### **El consumo y/o policonsumo de drogas**

Jamás había habido en el pasado unos adolescentes y jóvenes que tuvieran a su alcance una extensión cuantitativa y cualitativa y un espectro de drogas tan diverso como en la actual generación de los nuevos adolescentes.”

Así mismo, la transculturización de drogas procedentes de otros países y culturas ha contribuido, entre otros, al cambio y a la aparición de nuevos patrones de consumo. En la actualidad, la mayoría de consumidores de drogas ya no son marginales ni marginados, sino adolescentes y jóvenes que viven perfectamente integrados en su familia, escuela y sociedad, y que han optado por consumir drogas con unas pretendidas finalidades ‘socializantes’, ‘festivas’ y ‘recreativas’, con tendencia a minimizar sus riesgos bio-psico-sociales y legales derivados de su consumo y desde una enorme convicción subjetiva de su capacidad de ‘control’.

Muchos adolescentes consumen y/o consumirán drogas —legales e ilegales— en edades en las que su cuerpo y, por lo tanto, también su cerebro se encuentra en pleno proceso de transformación y de maduración. Por ello, deberemos incidir en la importancia de esos consumos en su propia evolución fisiológica y psicológica.

En los talleres que impartimos en los centros escolares, solemos preguntarles: en la vida, ¿se debe probar de todo? ¿Se pueden tomar drogas de una forma ‘controlada’? Las drogas ¿ayudan a divertirse? ¿Cómo reaccionan los padres cuando saben que sus hijos policonsumen drogas? Analizaremos algunas de sus respuestas.

Las drogas más utilizadas por los jóvenes y adolescentes en las sociedades del bienestar son: tabaco, alcohol, derivados del cannabis (porros), drogas de síntesis y cocaína. Un repaso a cada una de ellas desde distintos puntos de vista (composición, características, datos de consumo...) nos ayudarán a dar dimensión al problema de su uso y/o abuso por parte de los adolescentes.

### **Los trastornos de alimentación: algunas ideas clave**

Las disfunciones del comportamiento alimentario son trastornos psicológicos muy ligados a las sociedades del bienestar y al triunfo, virtual y real, del fenómeno del consumismo y de un valor emergente, una nueva religión, de las sociedades opulentas: ¡el culto al cuerpo!”.

El ‘*bullying* social’ respecto a los adolescentes obesos es tan impactante que incluso aquéllos y aquéllas que no se encuentran en situación objetiva de sobrepeso tienden a realizar dietas alimentarias y a desarrollar cierta ‘obsesión’ por perder peso.

La baja autoestima, la ideación perfeccionista, la insatisfacción generalizada, la impulsividad y la inestabilidad emocional, así como la predisposición genética, son factores relevantes para la aparición de estos trastornos. La cultura del ‘cuerpo perfecto’, la nueva ‘cultura alimentaria’ familiar y la ortorexia (la teórica ‘comida saludable’) suponen también factores a tener en cuenta.

Los nuevos adolescentes nacidos en las sociedades del bienestar son hijos de un mundo en el que, por primera vez en la historia de la humanidad, el propio cuerpo ya no es una realidad definitiva y inaccesible, sino que se puede cambiar a partir de la propia voluntad. Tres cuartas partes de las chicas y la mitad de los chicos de los centros educativos consultados en los últimos años, todos ellos menores de edad, responden afirmativamente a la pregunta “*¿Estarías dispuesto a someterte a una intervención quirúrgica?*”.

Centraremos este apartado sobre los problemas en la adolescencia derivados de la anorexia, la bulimia y la vigorexia.

### **Internet, el juego y las compras compulsivas. Algunas ideas clave**

La denominada sociedad de la información en general e Internet en particular son el embrión de un progreso tecnológico que transforman, de una forma rápida y progresiva, las formas de vida y los patrones culturales de las sociedades del bienestar. Algunos autores emplean, para definir este concepto, la expresión “revolución tecnológica”, en el sentido de cambio total y radical de los sistemas organizativos e incluso de las ideas hasta ahora dominantes e imperativas.

La búsqueda intensa y constante de nuevas sensaciones que les ofrecen las nuevas tecnologías en muchas ocasiones supone un riesgo más elevado de desarrollar comportamientos adictivos.

Respecto a Internet, actualmente les permite informarse, comunicarse, relacionarse, enamorarse, comprar, vender, cambiar, jugar, compartir experiencias, bienes, conocimientos... Pero también estafar, robar, suplantar, engañar, coaccionar, aterrar, engancharse, etc.

Actualmente, Internet ofrece foros y sitios de subastas y de juegos, el placer de experimentar nuevas sensaciones y de conocer lugares desconocidos e inimaginables. Facilita nuevas relaciones, de amistad y/o amorosas y/o sexuales, ofrece nuevas aventuras supuestamente “sin riesgo”, etc. Navegar, solo, ante el ordenador, puede resultar un placer

que desplace otras y/o incluso que comprometa necesidades básicas como alimentarse, dormir, relacionarse, estudiar, trabajar, etc. Los llamados “adictos a la web”, tendrían comportamientos similares a las que desarrollan las personas adictas a las drogas. Es decir, la pérdida de capacidad de control, que los conlleva a navegar horas y horas hacia destinos de difícil regreso.

Los “ciberdependientes” son usuarios compulsivos de Internet que pasarían más de 25 horas por término medio por semana en la red y que tendrían webs y actividades preferidas como por ejemplo: los foros de discusión, el correo electrónico, la navegación, la realización de páginas web, las webs pornográficas, las webs de moda y de actualidad, la música y la compra en línea. De forma general, la vida familiar resulta conflictiva y lo es, esencialmente, por el uso excesivo de la red. También son probables las dificultades escolares y/o laborales (retrasos, ausencias, absentismos)... Más de la mitad de estos usuarios tienen problemas financieros (muy relacionados con el elevado precio de las consumiciones, la baja productividad y las compras en línea), algunos de ellos han sido víctimas y/o protagonistas de acosos sexuales y de otros. La mayoría expresan que usan Internet por “la excitación que produce”, por la posibilidad de adquirir “una nueva identidad”, “para reducir tensiones internas”, “para tener o encontrar un/a compañero/a”, “porque estoy solo/a”, “porque Internet es mi patria”...

Respecto al juego compulsivo, el juego implica riesgo: se puede ganar o se puede perder. El riesgo implica emoción, es decir, un estado de excitación previa al desenlace del resultado, y la excitación es, en sí misma, una forma de placer. Los seres humanos jugamos por la excitación que supone la expectativa de ganar, pero si perdemos —lo que sucede a menudo— seguimos jugando para experimentar de nuevo la misma sensación inicial. Es un mecanismo de retroalimentación que conduce a muchas personas a la adicción. Los adolescentes y los jóvenes, ávidos siempre del placer que supone la emoción del riesgo, jugarán, a veces compitiendo entre ellos y en otras contra sí mismos.

Algunos chicos desarrollan un verdadero comportamiento adictivo, pasan horas al día enchufados al juego, y cuando no lo están sólo piensan en volver. En el contexto de la demanda clínica, es frecuente escuchar padres —sobre todo madres— que nos informan que han recibido insultos, amenazas e incluso agresiones cuando han querido “desenchufar” a su hijo del ordenador y que en muchas ocasiones, dada su negativa, no han tenido ningún otro recurso que desconectar la energía eléctrica de casa.

El adolescente o el joven que desarrolle una conducta adictiva organizará su vida en función de su(s) juego(s) y, por lo tanto, invertirá el máximo de tiempo posible. Su vida oscilará entre la sensación de placer (cuando juega) y la de malestar (cuando no puede jugar). Esta vivencia obsesiva muy probablemente tendrá consecuencias relevantes en su vida personal, familiar, escolar y en los demás ámbitos de su vida.

Respecto a las compras compulsivas, cabe decir que las sociedades del bienestar ofrecen, entre otras, una amplia y continuada oferta de objetos, de servicios y de bienes de consumo y, a la vez, un amplio abanico de medios con el fin de estimular su demanda entre la ciudadanía. Este sistema tiende a convertir el objeto en una necesidad y, por lo tanto, a desencadenar un mecanismo objetivado a su compra y/o adquisición. Algunas personas, pilladas por esta vivencia, tenderán a perder el control y se convertirán en compradores compulsivos. Entonces harán compras repetidas e incontroladas, en muchos casos desequilibrarán su presupuesto, pero sobre todo y esencialmente, su estado de ánimo y su vida familiar y/o social.

Entre los adolescentes y los jóvenes, la pasión por adquirir determinados objetos se ha expandido en los últimos años. A modo de ejemplo, en la actualidad y a partir de los datos facilitados por la Dirección de Responsabilidad Corporativa de Telefónica, casi una tercera parte de los niños y las niñas de entre 10 y 14 años tienen un teléfono móvil que debe ser constantemente renovado, puesto que no era suficiente que el aparato hiciera sólo la función de comunicarse mediante una llamada, sino que debía de ser también un navegador, una

cámara fotográfica y de vídeo, *messenger*, etc. Los adolescentes procuran tener todo tipo de aparatos electrónicos, como reproductores multimedia tipo MP3, Ipod, videoconsolas, etc. La brutal oferta continuada genera también una constante demanda y sobre todo “nuevas necesidades” de adquisición. La tendencia a conseguir aparatos multiuso es creciente. Los nuevos aparatos reproductores son capaces de almacenar 1 Tb de música, vídeo, fotografías, etc. ¿Es posible llegar a escuchar o a ver todo lo que se puede almacenar?

Lo cierto es que el bombardeo de la publicidad como gran comunicador genera “necesidades” y deseos que hay que conseguir. La repetición de mensajes simples, convenientemente envueltos de imágenes y de músicas evocadoras, favorecen la popularización de las marcas y estimulan su adquisición por parte de los consumidores. La incitación publicitaria, las constantes “gangas”, las ofertas atractivas en períodos de rebajas, la vivencia de necesidad, la aparición continuada de objetos únicos y de última generación, etc. contribuyen a crear un ambiente propicio al consumo del cual no se escapan los adolescentes y los jóvenes, que se convertirán, en sí mismos, en una población de especial vulnerabilidad.

En la actualidad ya se dispone de criterios diagnósticos para determinar el denominado síndrome de las compras compulsivas. Entre ellos, y a modo de resumen, se consideran los siguientes: pensamientos invasores que son vividos como un impulso irreprímible alrededor de las compras; realizar compras frecuentes superiores a las propias capacidades financieras y que comportan en muchas ocasiones la adquisición de objetos inútiles que no responden a necesidades objetivas. Estos pensamientos y comportamientos suponen un malestar psíquico, una disfunción de las principales actividades familiares, sociales, escolares, laborales y/o dificultades financieras. El comportamiento de compra compulsiva no se puede diagnosticar si es consecuencia de otro trastorno mental como por ejemplo el trastorno bipolar durante la fase eufórica.

### **¿Hacia una sexualidad segura, responsable y mutuamente satisfactoria?**

En la actualidad, tanto en el contexto de la escuela como en el de la familia, el sexo, mayoritariamente, ha dejado de ser aquel tema prohibido, “tabú” o pecaminoso del cual no se podía hablar y ha ido convirtiéndose, progresivamente, en un tema más de conversación, de estudio y/o de trabajo. En la escuela en general, y ya desde los cursos de primaria, será habitual que los niños lleguen a casa con deberes sobre el cuerpo humano y, por lo tanto, de las distintas características morfológicas de ambos sexos, y desde la asignatura de ciencias naturales estudiarán el aparato reproductor y los genitales internos y externos, masculinos y femeninos. Los niños actuales, ya de pequeños, saben que los bebés no los trae una cigüeña ni vienen de París. Posteriormente, y también desde el mismo contexto de la escuela, será habitual que se imparta alguna clase y/o alguna conferencia extraordinaria que verse sobre la sexualidad humana, en la que, entre otras cosas, se les informará sobre la excelencia y el amplio espectro actual de los métodos anticonceptivos, de su función, características y mecánicas de uso. En el contexto de la familia será frecuente oír el relato de madres (más que de padres) que acompañan a sus hijas adolescentes al ginecólogo y/o que incluso les compran preservativos a sus hijos para que tengan una “sexualidad segura” y eviten comportamientos de riesgo.

Seguramente nunca habíamos tenido, en el llamado Primer Mundo, unos adolescentes tan bien informados, ni con tantos medios ni con tan buena predisposición preventiva por parte de la escuela y de la familia, ni con un espectro de medios anticonceptivos tan eficaces y a su alcance. Entonces, ¿por qué los embarazos no deseados en jóvenes menores de edad se han triplicado en los últimos diez años y por qué a la vez la diseminación del Virus de Inmunodeficiencia Humana (VIH), el agente causante de la enfermedad del sida, ha aumentado, en el Primer Mundo, entre el colectivo heterosexual y, de forma remarcable, entre los adolescentes y los jóvenes?

Es evidente que la información no lo es todo. La información es necesaria para que pueda cambiarse un comportamiento, pero la información, en sí misma, no es una garantía inmediata ni segura del cambio del comportamiento. El hecho de asistir, por ejemplo, a una conferencia magnífica en cuanto a forma y contenidos sobre los riesgos de fumar tabaco y las posibles consecuencias perjudiciales para la salud humana, no genera necesariamente, y al menos a la salida de la conferencia y de forma inmediata, que las personas fumadoras asistentes abandonen su adicción tabáquica. Una buena explicación sobre el uso del preservativo como instrumento preventivo que puede evitar embarazos y enfermedades de transmisión sexual no supone que los chicos, y sobre todo las chicas, incorporen en su día a día, en su cartera o en su bolso, una cajita de profilácticos para tenerlos a mano, en caso de que sea necesario su uso. Una buena información, e incluso una severa penalización con respecto al riesgo intrínseco de no cumplir las normas de seguridad en la conducción de vehículos de motor en las carreteras, autovías o autopistas, no suponen que desaparezcan los accidentes de tráfico debidos al exceso de velocidad, etc.

Preguntados 6.952 adolescentes de 14 a 19 años, todos ellos escolarizados en escuelas públicas, concertadas y privadas, urbanas y rurales, laicas y religiosas, de Cataluña, las principales razones que adujeron los que todavía no habían tenido relaciones sexuales se contabilizan alrededor de variables como: “no haber encontrado la persona adecuada” o “no haber tenido la ocasión”. Otras razones, como por ejemplo: “motivaciones morales y/o religiosas”, “esperar a estar casado/a”, “miedo al embarazo” o “miedo a una enfermedad de transmisión sexual” no sumaron ni un 10% de las respuestas. Por consiguiente, parece evidente que el comportamiento de los chicos y chicas adolescentes menores de 20 años que manifiestan no haber tenido relaciones sexuales no es consecuencia —como podía serlo en generaciones anteriores— de motivaciones y/o impedimentos religiosos, morales y/o familiares, sino, y simplemente, de un hecho tan objetivo y cotidiano como es no haber tenido la ocasión y/o no haber encontrado a la persona adecuada.

En esta misma población, un tercio de las chicas manifestaron que por lo menos en una ocasión habían utilizado la llamada “píldora del día después” (píldora abortiva); por lo tanto, cabe deducir que, estén o no embarazadas, estas chicas tenían la percepción de que podían estarlo y, en consecuencia, se debe suponer que habían realizado prácticas sexuales de riesgo.

Esta suposición nos viene confirmada por el dato que entre los chicos y chicas de esta misma población que afirmaban haber tenido relaciones sexuales, casi las tres cuartas partes manifestaron que habían tenido relaciones coitales con métodos anticonceptivos “poco o nada fiables”. Es decir, que el tradicional método del “coitus interruptus” (la “marcha atrás”) desgraciadamente sigue siendo, como en las generaciones anteriores —aquellas que no disponían de tanta información, ni sobre todo del amplio abanico de instrumentos anticonceptivos actuales, eficaces y a su alcance—, la práctica pretendidamente anticonceptiva más usada, al menos en las relaciones sexuales ocasionales.

¿Cuál es, entonces, la información que en materia sexual reciben las chicas y los chicos adolescentes en el contexto de su familia y/o de la escuela? O aún más, podríamos preguntarnos: ¿Por qué el tipo de información que reciben es tan poco eficaz a la hora de estimularlos, sensibilizarlos y motivarlos a adoptar comportamientos sexuales preventivos, y a realizar prácticas seguras?

### **Adolescentes y jóvenes violentos: víctimas y verdugos a la vez**

Desgraciadamente siempre ha habido casos de violencia en el ámbito familiar y de varias formas, por ejemplo: padres que agreden, físicamente y/o psicológicamente a sus hijos; las agresiones hacia los abuelos; las agresiones de género —nos referimos esencialmente a la violencia de los hombres contra las mujeres—; las agresiones entre hermanos; las agresiones de los hijos hacia los padres, etc. La violencia que se produce en el ámbito escolar, es decir, la tendencia, atávica, de algunos profesores a agredir, física o psicológicamente, a sus alumnos,

pero también la existencia de alumnos que agreden a sus profesores, y sobre todo las agresiones de los alumnos entre ellos y/o de unos determinados alumnos respecto a otros.

En nuestro caso nos centraremos principalmente en los siguientes tipos de violencia:

- Violencia familiar: hijos que maltratan a sus pares
- Violencia escolar: alumnos que maltratan a otros alumnos
- Violencia en línea: adolescentes que, mediante el móvil, la red... maltratan a otras personas.
- Violencia social: “gratuita”, adolescentes que se maltratan entre sí y a otros ciudadanos.

### **Los nuevos valores de la sociedad del bienestar**

A la hora de juzgar los valores de los nuevos adolescentes de la sociedad del bienestar, quizás antes deberíamos analizar cuáles son los valores que imperan en esta sociedad, aquellos que les han legado sus padres.

En las culturas premodernas, predominan esencialmente cuatro ámbitos de confianza: la familia (el parentesco), puesto que los vínculos familiares ofrecen un tejido de protección y de confianza; la propia comunidad, escenario en el que se producen las relaciones y los aprendizajes; la religión, y por lo tanto las creencias, que ofrecen un marco de referencia que explica la trascendentalidad y los acontecimientos ignorados y, en esta medida, da seguridad; y la tradición, que asegura un modo de hacer las cosas en relación al tiempo. La seguridad proviene de la confianza de que las cosas funcionan porque “siempre se han hecho así”.

En las sociedades modernas, estos ámbitos de confianza pierden importancia: las relaciones de parentesco tienden a ser sustituidas por las relaciones de amistad. La comunidad local tiende a perder importancia en función de los sistemas sociales abstractos, y la cosmología religiosa y la tradición tienden a ser cuestionadas por la ciencia.

En la cultura postmoderna, se produce una situación histórica a partir de tres hechos centrales, tal como aporta Javier Elzo: la revolución tecnológica, la globalización y la inserción socio-laboral de la mujer.

En la cultura premoderna, los valores esenciales emanan del humanismo cristiano, como por ejemplo, la fraternidad universal o la apertura hacia la trascendencia. En la cultura moderna, los valores emanan principalmente de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, como por ejemplo la igualdad de oportunidades y la no discriminación por motivos de raza, sexo, etc., o bien la relación de derechos y deberes del individuo respecto de la sociedad. En la actual cultura postmoderna, los valores emanan de la mezcla del cambio y la diversidad: coexistirá el humanismo cristiano con otras religiones, y con los derechos humanos, pero también mutarán valores tradicionales y aparecerán de nuevos. En los últimos años, por ejemplo, han tomado importancia valores como la biodiversidad, la sostenibilidad del planeta, el derecho al propio cuerpo, la cultura del ocio, la responsabilidad social de la empresa, etc. Pero también, y sin proclamarlo, se han instalado en las actuales sociedades del bienestar valores como el consumismo y la admiración por las marcas, la acumulación compulsiva de dinero y del patrimonio, la “bondad” de la evasión fiscal, la obsesión por la seguridad, el incremento del “pleitismo” judicial, o bien el denominado efecto NYMBY (del inglés, Not In My BackYard), es decir, el desentendimiento individual de las cargas comunes o, de una forma simplificada, la cultura del NO (no a la mezquita, no a un centro para atender personas drogodependientes, no a las centrales energéticas, no a los trasvases de agua, etc.).

Muchos valores de la cultura moderna experimentan cambios en la cultura postmoderna; por citar algunos, la unidad da paso a la diversidad, el gran relato al pequeño relato, lo universal a lo particular, el esfuerzo al placer, la razón a la emoción, la certeza a la duda, la auto-responsabilidad a la responsabilidad diferida, la lectura en papel a la pantalla, etc. Tal como dice Javier Elzo, creemos que “la nueva sociedad o sociedad emergente se

caracteriza por la incertidumbre, el repliegue en lo cotidiano, en lo emocional, en la duda, en lo efímero, en la diversidad”.

Desde una perspectiva histórica, los “valores” adoptados, y por lo tanto transmitidos, han sido consecuencia de la aleación de cuatro estructuras básicas de la sociedad: la familia, la escuela, la política y la religión. En la sociedad postmoderna, y por lo tanto en las actuales sociedades del bienestar, esta aleación se ha fragilizado hasta difuminarse. En realidad, cada una de estas estructuras está inmersa en su propia crisis.

### **La crisis de la familia**

En las familias de los nuevos adolescentes, mayoritariamente el padre y la madre trabajan. Son familias con pocos hijos, con abuelos que viven independientes y que disponen de una economía propia. Estas familias disfrutaban de un cierto nivel de bienestar y a la vez de un determinado sentimiento de culpa —queremos decir por parte de los padres— a raíz de su vivencia, generalmente objetiva, de pasar más tiempo en el trabajo que el que querrían dedicar al acompañamiento de sus hijos. La autoridad paterna tradicional que había caracterizado las relaciones paterno-filiales en las generaciones anteriores se ha transformado ahora en una relación que podríamos definir de la “dictadura de la negociación continuada”. Los padres aspirarán y desearán que los hijos compartan con ellos actividades ordinarias y extraordinarias (salidas de fin de semana, vacaciones...) y que, en alguna medida, estos chicos y chicas contribuyan y respondan recíprocamente a sus demandas y necesidades afectivas. Por el contrario, muchos de estos chicos y chicas entrarán en un círculo reivindicativo caracterizado por la exigencia impositiva y el reclamo de más autonomía, obviamente subvencionada. Los conflictos básicos en las familias de los nuevos adolescentes se producirán por: la constatación de un bajo rendimiento académico por parte del hijo o la hija; la inhibición y/o la no responsabilización en el reparto de las tareas domésticas —sobre todo con respecto a su propia habitación—; la exigencia continuada por parte de los hijos de dilatar los horarios,

sobre todo en las noches de los fines de semana y festivos y los incumplimientos que se derivan; la negociación continuada relacionada con el dinero y con su destino (las “pagas”, los “extras”, los premios, etc.); y la excesiva exposición a formas de ocio paralizantes: televisión, móvil, Internet, etc.

En muchos casos, estos conflictos se agravarán en función y como consecuencia de la intensificación sintomática por parte de los hijos que empezarán a realizar verdaderos comportamientos de riesgo, como por ejemplo: desmotivación y/o conflictos escolares, consumos de drogas, comportamientos alimentarios de riesgo, comportamientos que inducen a déficits del sueño, comportamientos agresivos y respuestas irritables en el contexto familiar y/o en otros, —como por ejemplo el escolar—, comportamientos de abuso de Internet y/u otras tecnologías, comportamientos sexuales de riesgo, etc.

Muchos padres, ante estos comportamientos de riesgo por parte de sus hijos, si bien a regañadientes, irán adaptándose progresivamente dado su miedo y poca capacidad para poner límites. La tendencia será a evitar el enfrentamiento directo, en el cual se saben perdedores, y por lo tanto ceder a sus pretensiones económicas, horarias, de ocio, etc. Los padres, desde este contexto, intentarán presentar varias opciones y alternativas formativas. La vivencia general puede encaminarse hacia que el bajo rendimiento escolar del hijo adolescente es producto esencialmente de la poca implicación de la escuela y, por lo tanto, de unos contenidos genéricamente desmotivadores. Teniendo en cuenta que en las sociedades del bienestar la titulación universitaria se ha convertido en un bien superior —y, por lo tanto, el no acceso a la universidad, sobre todo por parte de estos nuevos adolescentes, es vivido por los padres como un fracaso propio—, los padres intentarán por todos los medios, a menudo a base de regalos y viajes al extranjero con la pretendida finalidad de enriquecimiento idiomático, motivar a los hijos desmotivados para que no abandonen sus estudios. El resultado de estas continuadas concesiones es incierto, y desde nuestra experiencia clínica mayoritariamente desafortunado, ya que no se logrará el objetivo fundamental de los padres, que no es otro que la reconducción

de su hijo hacia el aprovechamiento escolar y la convivencia familiar pacífica. Al contrario, muy probablemente se acentuarán los problemas y no sólo en estos dos ámbitos.

Actualmente, la familia no es hoy una realidad uniforme. En la actualidad podemos distinguir: familias tradicionales (padre, madre, hijos); monoparentales (madre-hijos/padre-hijos); reconstruidas (recasados con hijos propios y los de “mochila”); separadas (con diferentes convenios de separación); homosexuales/lesbianas (solas o con pareja); transexuales (solas o con pareja); las madres-abuelas; de hijo único; numerosas (3 o más hijos)...

Diferentes familias generan diferentes formas de “educar”, pero entre cada tipología también encontramos diversidad en las formas de educar. Sea cual sea la estructura familiar, desde un punto de vista educativo podemos distinguir por lo menos entre cuatro tipologías de familia: sobreprotectora, permisiva, delegativa y corresponsabilizadora.

Obviamente, entre estas cuatro tipologías de familias (sobreprotectoras, permisivas, delegativas y corresponsabilizadoras) se podrán producir intersecciones y probablemente algunos padres podrán encontrar en sí mismos algunos rasgos diferentes a los descritos y/o incluso sentirse identificados con un conjunto mixto de las diferentes categorías. Por lo contrario, también es posible que en algunos momentos de la evolución familiar se pueda producir una identificación más amplia en una de las categorías y en otra época en otra. Este hecho es posible dado que son muchas las variables que intervienen a lo largo de la vida familiar de los hijos hasta su independencia, y a la vez porque los seres humanos no somos una realidad estática, sino dinámica y, por lo tanto, con capacidad de evolución.

Nos es difícil aventurar cuál es la proporción de familias que serían susceptibles de encuadrarse en cada una de las tipologías descritas. Nuestra experiencia clínica puede no ser una buena referencia sociológica, puesto que si es cierto que atendemos muchas consultas de padres que podrían encuadrarse en el grupo de las familias corresponsabilizadoras, también lo es que genéricamente sus demandas son de tipo preventivo, y por el contrario son

notablemente más altas las demandas asistenciales que se nos formulan desde las otras tipologías familiares.

Pero en todo caso, sospechamos que los padres vocacionales que disfrutaban de la relación familiar con sus hijos adolescentes, y a la inversa, son, hoy, desgraciadamente, minoritarios.

### **A modo de epílogo**

La vida de los adolescentes ha cambiado notablemente en los últimos años. Los nuevos adolescentes son la consecuencia de un cambio de era, de un mundo nuevo en el que la tecnología globalizada avanza más rápidamente que las estructuras que, tradicionalmente, han sido los adalides de la socialización y de la tarea de generar valores. La política la escuela, la religión van, al menos, un paso atrás del fenómeno. La familia también, aunque de todas ellas es la estructura que más se ha transformado, al menos en las sociedades del bienestar. Muchos de los nuevos adolescentes, una vez lleguen a casa tras salir de la escuela, no encontrarán a ningún adulto. Muchos de ellos harán actividades “extraescolares” que en muchas ocasiones cumplirán básicamente la función de “canguro”. Otros, y/o complementariamente, dedicarán su tiempo a realizar actividades de ocio como por ejemplo “estar con los amigos”, o la televisión, los videojuegos, Internet, móviles, etc. Los “amigos”, los medios tecnológicos, la publicidad y la sociedad de consumo en general se han convertido en nuevos agentes socializadores, que en ocasiones serán más relevantes que la propia familia o la escuela. Dedicar poco tiempo cuantitativo y cualitativo a los hijos se convertirá en una variable común de todas las estructuras familiares descritas, a causa entre otras, y en general, de la masiva incorporación de las mujeres en el mercado de trabajo y de la poca voluntad de los hombres a querer asumir sus responsabilidades domésticas, educativas y su rol de padres. Esta situación puede comprometer seriamente la evolución del adolescente y puede abrir una puerta a comportamientos de riesgo como los descritos y, a la vez y de rebote, condicionar también la salud de la vida familiar.

Los adolescentes, aunque pueda parecer lo contrario, quieren estar acompañados por adultos referentes: los necesitan, nos necesitan. El suyo no es un tiempo fácil: tienen dudas, contradicciones, inseguridades, y antiguas y nuevas preguntas por hacer que a menudo no saben a quién hacer. El padre o la madre, tras largas y competitivas jornadas laborales, generalmente no llegan a casa predispuestos a la paciencia ni a dar orientaciones. A veces, aunque quieran, tampoco saben cómo hacerlo. Cenar juntos —la única comida diaria que queda con posibilidades de reunión familiar—, preocuparse activamente por los deberes escolares, por las actividades extraescolares, disfrutar del diálogo y también del tiempo de ocio conjunto, deberían ser un compromiso ineludible e indelegable, si es que se quiere ganar calidad en el poco tiempo familiar que es posible compartir.

Muchos padres, conscientes, en alguna medida, de su déficit de acompañamiento, intentarán suplirlo poniendo a disposición de los hijos una vida regalada dónde aparentemente todo está resuelto. La mayoría de adolescentes encontrarán sus necesidades básicas y vitales cubiertas. Tendrán acceso a la sanidad, a la escolarización, al pleno uso de la casa paterna y/o materna y a las actividades de ocio y de consumo que se propongan. ¿Cuáles son las propuestas que pueden hacerse a sí mismos y a la vez que también puedan resultar entusiastas para los adultos? ¿Pueden los nuevos adolescentes ser otra cosa que estos seres pasivos, hedonistas y egocéntricos cuando los adultos los hemos convertido en el máximo centro de atención y a la vez en los principales beneficiarios de los medios y de los bienes familiares sin esperar ni pedirlos nada ni ningún esfuerzo a cambio? Queremos que nuestros hijos sean felices, pero ¿llenándolos de regalos, de caprichos y de bienes tangibles —es decir, materiales—, los hacemos más felices?

Que los hijos transiten por una adolescencia arriesgada y/o conflictiva y/o traumática o bien, por el contrario, armónica, productiva y constructiva, ¿es sólo una cuestión de suerte? ¿Los padres, y por lo tanto su estilo educativo, tienen algo que ver?

Ciertamente, son diversas las variables que pueden influir en que, en un momento determinado del proceso de la adolescencia, el adolescente opte por realizar comportamientos de riesgo. Desde nuestra experiencia clínica hemos tenido ocasión de atender a muchos chicos y chicas provenientes de familias corresponsabilizadoras, y por lo tanto con notables niveles de buena convivencia y de diálogo familiar desde la niñez, que, por una situación azarosa (por ejemplo, el enamoramiento con un consumidor/a de drogas) se ha producido un efecto de “contagio” y en consecuencia aquella chica o chico normativo se ha transformado ahora y muy probablemente evolucionará hacia una situación de riesgo e incluso de drogodependencia. Que el estilo educativo familiar haya sido óptimo no es, desgraciadamente, ni en todos los casos, una garantía absoluta para que un hijo/a adolescente pueda evolucionar hacia un determinado trastorno y/o un comportamiento de riesgo.

Pero sí que queremos remarcar que, incluso en estas circunstancias, será relevante el estilo educativo adoptado por los padres, porque si bien no han podido evitar, en este caso, el consumo de drogas, sí que se aumentarán notablemente las posibilidades de recuperación una vez se haya realizado la intervención terapéutica adecuada. El chico/a afectado, y en el proceso de inserción y/o de reinserción social y académica, dispondrá del bien fundamental de una familia sólida en que apoyarse. Por el contrario, en aquellos casos donde no hay la familia estructurada, o bien que su estilo educativo ha sido deficitario por exceso o por defecto, las posibilidades de un azar desafortunado, al menos, son las mismas, pero las probabilidades de recuperación serán más comprometidas.

Desde nuestra perspectiva, la capacidad de los padres para influir y, en consecuencia, favorecer una buena educación en su hijo adolescente será más determinante, incluso en posibles situaciones de crisis, en aquellas parejas que hayan priorizado tiempo, esfuerzos y vocación para lograr un estilo educativo basado en la corresponsabilización familiar y en la transmisión de unos valores coherentes con su propio estilo de vida.

Si el mundo cambia —y éste parece un hecho indiscutible—, se deberán poder ofrecer habilidades suficientes a los nuevos adolescentes, y a la sociedad en general, para sabernos adaptar, positivamente, a los cambios y de este modo aprender a disfrutar conjuntamente del placer de los nuevos aprendizajes.

Como dijo George Lucas en la saga de *La guerra de las Galaxias*: “¡Que la fuerza nos acompañe!”.